
Economía de la Hispania romana

Paisajes de producción
y dinámicas comerciales

Cèsar Carreras Monfort
Jaime Molina Vidal
Oriol Olesti Vila
Víctor Revilla Calvo (eds.)



UBe

Economía
y Empresa

**Economía
de la Hispania
romana**

Economía de la Hispania romana

Paisajes de producción
y dinámicas comerciales

César Carreras Monfort
Jaime Molina Vidal
Oriol Olesti Vila
Víctor Revilla Calvo (eds.)



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions

Economía
y Empresa

Índice

Introducción	9
1. Paisajes de la economía en la Hispania romana	29
ORIOL OLESTI VILA	
2. La población: el factor humano	89
CÉSAR CARRERAS MONFORT, ALEJANDRO G. SINNER	
3. La viticultura y la producción de vino: una realidad diversificada	133
VÍCTOR REVILLA CALVO	
4. La producción y la distribución de aceite: un sector fundamental de la economía hispana	191
ENRIQUE GARCÍA VARGAS	
5. La agricultura «invisible»: cerealicultura, agricultura de consumo interno, fibras vegetales	249
MARÍA JUANA LÓPEZ MEDINA	
6. Producción y consumo de recursos ganaderos	291
LÍDIA COLOMINAS BARBERÀ, ORIOL OLESTI VILA	
7. El mar como fuente de recursos en las costas de Hispania	339
LÁZARO G. LAGÓSTENA BARRIOS	
8. <i>Metalla</i> y minería de Hispania.....	369
ALMUDENA OREJAS SACO DEL VALLE	
9. La producción artesanal: entre autarquía y manufactura	455
MAR ZARZALEJOS PRIETO, JAVIER SALIDO DOMÍNGUEZ	
10. Redes de transporte terrestre e infraestructuras portuarias: provincias en movimiento	533
PAU DE SOTO CAÑAMARES, DANIEL MATEO CORREDOR	

11. La circulación de moneda: más allá del metal	569
FERNANDO LÓPEZ SÁNCHEZ	
12. La dinámica comercial hispana en el sistema económico imperial	617
JAIME MOLINA VIDAL	
13. El Derecho y la organización de la actividad económica	657
CARLOS SÁNCHEZ-MORENO ELLART	
14. Reflexiones finales: la economía de las provincias hispanas en el contexto imperial	699
Bibliografía	727
Índice de fuentes.....	803
Índice toponímico.....	815
Índice onomástico	841

Introducción

Sin contar las fabulosas tierras de la India, detrás de Italia, yo pondría a Hispania dondequiera que está rodeada por el mar; aunque es en parte escarpada y sin cultivar, ciertamente allí donde produce es feraz en grano, aceite, vino, caballos y minas de todas clases; en esto la Galia la iguala. Pero vence en verdad Hispania por el esparto de sus desiertos y la piedra especular, también por la delicadeza de sus tintes, por el ardor en los trabajos, por la pericia de sus esclavos, por la dureza corporal de sus hombres y por la vehemencia de corazón (Plin., *HN* 37.203) [traducción adaptada a partir de: Virgilio Bejarano (ed.), *Fon-tes Hispaniae Antiquae*, vol. 7, Barcelona, 1987, pág. 180].

El conocido texto de Plinio el Viejo, una de las «alabanzas» a las riquezas de Hispania que incluye la literatura romana, muestra hasta qué punto la imagen de la península en la Antigüedad se vinculaba a la explotación sistemática de algunos de sus recursos. Era, sin lugar a dudas, una imagen muy particular, inserta en un sistema de valores fuertemente aristocrático y que no implicaba la percepción de la economía como un sistema de actividad autónomo respecto a otras esferas de la vida de una sociedad y, todavía menos, como un ámbito de la creatividad humana digno de un análisis intelectual específico (véase, al respecto: Schiavone 1989, 2020). En las coordenadas mentales y éticas de la sociedad romana, y siguiendo el precedente griego, la producción y el consumo de bienes fueron valorados y analizados por su capacidad de generar riqueza y, en consecuencia, por su posible impacto sobre la estabilidad de unas estructuras sociales y de sus jerarquías, que se entendían insertas en el marco de la *civitas*, primero, y del *imperium*, después.

La valoración de la producción y el consumo estaba condicionada por una perspectiva construida a partir de los objetivos, intereses y estrategias de unas élites que controlaban la vida política, y eran, ante todo, propietarias rurales, pero no en modo exclusivo, ya que también demostraron su interés por participar en todo tipo de actividades rentables utilizando procedimientos muy variados. El control que estas élites ejercían sobre la vida social y política suponía un uso específico de la riqueza generada por la economía. Este uso estaba orientado por estrategias de prestigio, de autorrepresentación y de poder social, y se materializaba en forma de exhibiciones de generosidad pública: el *evergetismo*. Semejante comportamiento constituye un elemento fundamental de la vida de las ciudades del imperio. Tales exhibiciones, en ocasiones muy costosas, raramente con una función práctica desde la moderna óptica utiliza-

ria y basadas en un complejo equilibrio entre autonomía personal y control comunitario, presuponian, por parte de las élites, una base económica estable. Dichas élites, por otro lado, también percibían la relación entre la economía y la capacidad financiera de un Estado; pero esta percepción no generó una intervención sistemática del poder político en el mundo de la producción y el comercio. En consecuencia, la reflexión de las clases dirigentes romanas sobre las actividades económicas se hacía desde la perspectiva de su inserción en las estructuras político-sociales y utilizaba un lenguaje moral.

La asociación entre la península ibérica y la riqueza que establecen numerosos escritores antiguos —griegos y romanos— confluyó en una imagen literaria que cumplía dos funciones. Por un lado, permitía sintetizar las (supuestas) características de un espacio geográfico y de sus habitantes de un modo que fuera comprensible a la cultura de la época; la eficacia de esta síntesis implicaba «codificar» algunos de sus componentes, convertidos en símbolos (de fertilidad, de abundancia, de rareza, etc.), que se podían asociar rápidamente a ciertos significados. Por otro lado, se pretendía situar esta imagen de riqueza en el marco mental y político de la sociedad romana frente a otras situaciones regionales y provinciales, como parte de un mosaico global que justificaba la realidad imperial en su conjunto, por cuanto la mostraba como un vasto sistema de interdependencia y complementariedad guiada desde el poder central.

La representación de la península como un espacio de riquezas por explotar ocupó así un lugar importante en el imaginario imperial romano y generó una narrativa particular: la *laus Hispaniae* (las fuentes se recogen, de forma poco crítica, en Fernández Chicharro 1948). Esta imagen pervive hasta la Antigüedad tardía, con representantes tan diversos como el orador Pacato Drepanio, en el siglo IV, e Isidoro de Sevilla, a inicios del VII (Merrills 2005). Más allá de su valor cultural, la atención concedida a ciertos recursos económicos en la representación cultural de la península muestra la percepción que tenían las élites romanas de que la producción y el consumo de algunos productos hispanos, en particular mineros y agrícolas, constituía uno de los factores claves de un vasto sistema de interacciones. Este sistema, que implicaba la circulación de recursos, manufacturas, personas e ideas, contribuía a asegurar dentro del imperio la integración de los territorios que conformaban la península, muy diversos por su ecología, relieve y tradiciones culturales. En este contexto, constituye una paradoja el hecho de que la investigación española se haya interesado relativamente poco, al menos hasta las últimas décadas, por el estudio de la economía de las provincias hispanas.

Los estudios de carácter monográfico y de cierta extensión son muy escasos. Dejando de lado el lejano trabajo de J.J. van Nostrand (1937), hay que si-

tuarse en la década de 1970 para encontrar una serie continuada de trabajos de síntesis. Esta serie se inicia con las primeras obras de A. Balil y J.M.^a Blázquez Martínez, revisadas y completadas sucesivamente. El primero publicó en 1972 una historia económica de Hispania, seguida, en 1975, de una breve síntesis de formato similar editada por la Confederación Española de Cajas de Ahorro: su título, *Historia social y económica de la España romana (siglos I-III)*, indicaba su ambición global y traicionaba su inspiración en la obra monumental de M. Rostovtzeff (*The Social and Economic History of the Roman Empire*), cuya tercera edición en español apareció en 1972 (¡la primera es de 1937!). Sin embargo, los límites cronológicos, la brevedad del texto y la documentación utilizada impedían responder plenamente a las pretensiones implícitas en el título.

Este trabajo formaba parte de un proyecto más amplio que incluía otro volumen a cargo de J.M.^a Blázquez (1975), autor que, en 1978, publicaría su *Historia económica de la Hispania romana*, donde, siguiendo el planteamiento de trabajos anteriores (Blázquez Martínez 1974), recopilaba de modo exhaustivo las noticias de los autores clásicos sobre cualquier recurso o actividad localizada en la península. El libro seguía un orden cronológico en el que se analizaba la evolución de la economía de la península ibérica desde la época prerromana hasta la Tardoantigüedad. Se trataba de una obra enciclopédica construida a partir de la acumulación indiscriminada de citas de autores clásicos y que se completaba con la relativamente escasa documentación arqueológica accesible en aquel momento (el procedimiento se mantiene en trabajos muy posteriores: Blázquez Martínez 2006). La interpretación de estas evidencias se estructuraba en torno a las fuentes literarias, aceptadas acríticamente y convertidas en la clave que daba significado a los datos arqueológicos. Dicho planteamiento estaba compensado, en parte, por un conocimiento profundo de la bibliografía del momento (véase, además: Blázquez Martínez, Alvar 1996). Otras obras han analizado la economía hispana dentro de un marco cronológico más limitado, aunque con perspectivas similares (Sánchez León 1978).

Estos trabajos, con todas sus limitaciones, permitirían que la economía ocupara cierto espacio en una bibliografía, cada vez más numerosa, centrada en el estudio de las dinámicas de cambio cultural que acompañaron la conquista romana de la península ibérica. Tal espacio dependía, sin embargo, de la valoración de la economía como una esfera de actividades en la que parecían percibirse mejor los efectos de un proceso —la romanización— que se entendía como una disolución total de las estructuras indígenas en el crisol civilizador romano. Desde esta perspectiva, el desarrollo económico que se identificaba entre los siglos II a.C. y I d.C. en ciertas regiones de la península ibérica se interpretaba como un progreso material y cultural producto de la colonización

que era consecuencia directa de la extensión de nuevas formas productivas, de una integración sistemática en los circuitos comerciales mediterráneos y de un incremento de la prosperidad general que se hacía visible en la extensión de la urbanización y de nuevas formas de vida. En este contexto, el precedente mundo de interacciones coloniales o las iniciativas y capacidades de las poblaciones indígenas ocupaban un espacio limitado y subordinado frente a nuevos factores asociados a la conquista romana: las grandes *societates* capitalistas dedicadas a la explotación de los recursos naturales, la extensión del comercio itálico, la generalización de las emisiones monetarias o la introducción de un sistema fiscal (véase, sin embargo: Ñaco del Hoyo 2003). Este paradigma ha estado presente en los estudios sobre el cambio cultural generado con la conquista romana hasta época reciente: el tema atrajo la atención del propio J.M.^a Blázquez (Blázquez Martínez, Alvar 1996); asimismo, el cambio económico como efecto del cambio cultural es uno de los elementos de la obra de B. Lowe (2009; la utilidad del concepto de romanización, como herramienta interpretativa, se defiende en Beltrán Lloris 2017).

Este planteamiento justifica que la economía también haya ocupado un espacio más o menos destacado en manuales e historias generales de la península (por ejemplo: Montenegro, Blázquez 1982). En obras más recientes, concebidas como manuales universitarios u orientadas a un público más amplio, la economía ocupa un espacio variable, integrado en una síntesis descriptiva, más o menos completa, que incluye una cantidad creciente de datos arqueológicos, susceptibles de análisis cuantitativo, junto a las fuentes escritas. Pueden citarse, al respecto, los tres volúmenes dedicados a la Antigüedad coordinados por J. Alvar dentro de la serie *Historia de España* de la editorial Istmo (Alvar 2001-2008) y un proyecto editorial más limitado (Alvar 2008).

Las obras citadas sintetizan una producción bibliográfica especializada muy numerosa, pero de unos planteamientos y una calidad desiguales. Esta producción es el resultado de una profunda renovación teórica y metodológica de la arqueología, la disciplina tradicionalmente vinculada a la interpretación de la evidencia material de las sociedades antiguas. Este movimiento se integra en un contexto historiográfico más amplio. En las últimas décadas, los estudios sobre el mundo clásico han concedido un espacio cada vez mayor al análisis de las dinámicas económicas en todos los ámbitos, desde la agricultura hasta el comercio, pasando por el artesanado, las actividades extractivas, las finanzas y la moneda. El punto de partida es un desarrollo que se puede calificar, sin exageración, de espectacular en el campo de las técnicas de análisis arqueológico y, en paralelo, una renovación radical de los planteamientos teóricos y los modelos interpretativos posibilitada por la incorporación de las herramientas de

otras disciplinas del área de las ciencias humanas y sociales. El resultado de esta situación ha sido la eclosión de un profundo debate sobre la naturaleza de la economía romana que ha superado la oposición, ya centenaria, entre los historiadores defensores de perspectivas modernistas y los partidarios de posturas primitivistas, o, dicho en otras palabras, entre quienes avalaban la tesis de una Roma antecesora del capitalismo (lo que generaba el problema de explicar las razones de su supuesto «fracaso» como civilización) y quienes proponían la imagen de una sociedad caracterizada por el subdesarrollo tecnológico que se situaba al mismo nivel que otras economías antiguas.

Este nuevo debate ha generado interesantes proyectos editoriales, como la colección *Oxford Studies on the Roman Economy*, dirigida por A. Bowman y A. Wilson; se trata esta de una iniciativa integrada en un proyecto más amplio que ha impulsado la creación de grandes bases de datos susceptibles de análisis económico, algunas de ellas impulsadas por la investigación española. Estas bases recogen datos de naturaleza muy diferente, pero que pueden ser tratados estadísticamente, tal es el caso de los recipientes de transporte y sus inscripciones, o bien de los naufragios de navíos comerciales. También hay que citar obras colectivas muy ambiciosas, como *The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World* (2007), dirigida por reconocidos especialistas de la talla de W. Scheidel, I. Morris y R. Saller. En el mismo contexto se sitúan los trabajos de P. Bang (*The Roman Bazaar*, 2008) y P. Temin (*The Roman Market Economy*, 2012), que parten de planteamientos muy diferentes, o, en otro sentido, la original obra de P. Horden y N. Purcell titulada *The Corrupting Sea* (2000), que ofrece un análisis de los factores materiales, ecológicos y culturales que configuraron la cuenca mediterránea como un espacio de diversidad e interacciones. Algunos de los modelos actuales empleados para explicar la economía romana, en la obra ya citada de P. Temin (2012) o en el libro reciente de Ph. Kay (2014), incluyen un análisis detallado, aunque también limitado, de la documentación de las provincias hispanas: la riqueza metalífera, los botines e indemnizaciones generados por las guerras de conquista, así como la producción agrícola intensiva.

En los últimos años, el estudio de las relaciones entre economía y política se ha beneficiado, además, de los planteamientos desarrollados desde la denominada *new institutional economics*, que combina algunos principios de la economía neoclásica con el análisis de los factores sociales y políticos, y que aborda las diversas formas de influencia de las instituciones —entendidas como normativas y como marcos legales, sociales y morales— sobre la actividad económica (North 2005). Entre estos marcos, la ciudad era un referente fundamental: primero, porque proporcionaba la estructura en la que la sociedad ro-

mana definía sus jerarquías y organizaba la explotación de los recursos del territorio, y también porque la ciudad era, al mismo tiempo, el escenario en el que se identificaban claramente las jerarquías sociales y se desarrollaban las dinámicas de interacción entre los diversos colectivos (Verboven 2012a, 2015).

En este panorama de renovación, la investigación española ha realizado aportaciones importantes, a partir de las décadas de 1980 y 1990, para evaluar la importancia de las transformaciones que experimentaron sectores claves como la agricultura, la minería o el comercio; pero estas aportaciones todavía ocupan un reducido espacio en el debate general sobre la naturaleza de la economía romana. Las razones que explican esta situación son diversas. En primer lugar, las dificultades de acceso, para un investigador extranjero, a una bibliografía que, en buena parte, era editada por las administraciones responsables de la gestión del patrimonio arqueológico. Esta bibliografía ha aparecido en forma de series monográficas, anuarios o revistas, con una periodicidad irregular y una circulación limitada. En este sentido, es de lamentar la falta de continuidad de las recopilaciones bibliográficas generales que se realizaron hace ya algunas décadas (Gorges 1992; Etienne, Mayet 1993; Keay 2003). Más importante es el desinterés, desde otros países, por los resultados de una actividad cuyos objetivos eran dictados en gran parte por necesidades ajenas a la investigación científica; en particular, las políticas preventivas relacionadas con la gestión del territorio y la protección —muchas veces selectiva— del patrimonio arqueológico. Tales políticas no han favorecido ni la aplicación de nuevas metodologías ni el análisis sistemático de los datos empíricos. El resultado ha sido una acumulación de información, publicada de forma resumida o incompleta, y, por tanto, difícil de utilizar. Esta situación solo se ha transformado gradualmente con la introducción de planteamientos interdisciplinares reales en época reciente.

La renovación asociada a estos planteamientos ha impactado sobremanera en la metodología del análisis arqueológico de actividades muy concretas: la minería (Domergue 1990; Orejas, Rico 2012), la olivicultura (Remesal Rodríguez 1977, 1986, 2001; Chic García 1985, 1988, 2001; Étienne 2004; Berni 2008), la viticultura (Miró 1988; Revilla 1995, 2004; Tremoleda 2000; Etienne, Mayet 2000; Carreras, Guitart 2009; Olesti, Carreras 2013; Carreras, López Mullor, Guitart 2016; Carreras, Folch, Guitart 2019), la pesca y la elaboración de sus derivados (Lagóstena 2001), los paleopaisajes (Palet, Riera 2009; Olesti 2014; Lagóstena 2019), las dinámicas de circulación de productos (Molina Vidal 1997, 2020; Mateo 2016), etc. Todas estas actividades, y este no es un factor casual, son harto visibles desde el punto de vista arqueológico por la huella material que han dejado. Este libro pretende incidir sobre todo en el problema de

la visibilidad de los modos de producción y de una tecnología cuya introducción respondía a la extensión de formas racionales e intensivas de explotación del territorio; pero se deben tener en cuenta, asimismo, las limitaciones que presenta el análisis arqueológico para evidenciar las dinámicas sociales, políticas y culturales asociadas a la implantación de estos nuevos sistemas de producción. En este debate también hay que considerar categorías de evidencia arqueológica específicas bajo el aspecto de materiales orgánicos, residuos y subproductos, que permiten plantear nuevos interrogantes en torno a los procesos de producción o de tratamiento y consumo de todo tipo de bienes, desde las manufacturas hasta los alimentos. Pueden citarse, al respecto, los estudios sobre vegetación (Buxó, Piqué 2008), fauna (Colominas 2013a, 2017), tecnología cerámica (Martínez Ferreras 2015) y ciertas categorías de residuos (Pecci, Barba, Ortiz 2017).

Más recientemente, el análisis combinado de todo tipo de datos ha permitido abordar globalmente sectores de la economía cuyo estudio planteaba problemas importantes, tales como el artesanado (Bustamante, Bernal 2014) o la tecnología e instalaciones de ciertos procesos de elaboración de alimentos, como la transformación de uva y aceituna (Peña Cervantes 2010, 2011-2012a) o la panificación (Salido, Bustamante 2014). Se trata, en general, de obras colectivas que parten de una aproximación multidisciplinar —desde el análisis arqueométrico hasta el tratamiento estadístico o la construcción de modelos interpretativos—, absolutamente necesaria para superar la arqueología filológica tradicional y que exige el trabajo coordinado de especialistas en diversos ámbitos. Con un contenido muy diferente, pero también asociado a la renovación metodológica en arqueología, cabe citar el reciente manual de *Arqueología romana en la península ibérica* (Sánchez López, Bustamante 2019), el cual ofrece una síntesis de evidencias materiales de la cultura romana que va más allá de la economía. Sin embargo, este reducido número de obras no sustituye la ausencia de una síntesis que, a escala peninsular, ofrezca un estado de la cuestión de la economía de las provincias hispanas, sea para el periodo que va de los siglos III a.C. al V y VI d.C., sea para cualquiera de sus etapas. Un intento relativamente reciente no consigue evitar ese problema, ya que se centra en los grandes productos comercializados y limita su análisis a la República y el Alto Imperio (Lowe 2009). La obra presenta, además, un problema metodológico importante, ya que, a pesar de su enunciado, subordina la documentación arqueológica al marco explicativo aportado por la literatura clásica, la cual se analiza, por lo demás, de manera parcial.

En este contexto, la oportunidad de este proyecto editorial se puede justificar de diversas formas. En primer lugar, por la naturaleza particular, histórica

y geográfica del espacio peninsular. La península ibérica es una entidad geográfica que, a modo de microcontinente, incorpora una gran variedad de situaciones ecológicas y una importante diversidad de recursos. Estos recursos fueron explotados muy pronto de modo intensivo por razones diversas asociadas a las dinámicas de la propia sociedad romana: tanto económicas (basta recordar la condición de la agricultura como base primaria de la economía que generaba actividades complementarias y un importante tráfico comercial) como político-fiscales (que explican el interés del Estado romano por el control de la extracción de los metales preciosos). La percepción de la importancia de estos recursos, visible en la descripción de Iberia que ofrece la *Geografía* de Estrabón, es muy clara (Cruz Andreotti 2015). Obviamente, este proyecto editorial no pretende adoptar la perspectiva imperial romana, que «unificaba» un espacio geográfico muy grande y heterogéneo por su función de reserva estratégica. Tampoco el corolario de esta idea: una conquista romana programada y consciente que habría sido dictada por factores económicos (se debe excluir la tesis de un imperialismo puramente económico). Pero es evidente que ciertas regiones de Hispania jugaron un papel muy importante en las dinámicas de integración que se produjeron, a todos los niveles, en el occidente imperial. Entre estas, hay que considerar los diversos mecanismos desarrollados por el poder imperial romano para el mantenimiento de su aparato militar y administrativo en las provincias. Dichos mecanismos, combinando factores políticos, culturales y económicos, contribuyeron a la integración entre el Mediterráneo y el interior del espacio continental europeo. Analizar el desarrollo de las actividades económicas en diferentes ámbitos, su evolución y sus interacciones (que aquí se debe presentar forzosamente en capítulos separados) contribuye a comprender la organización y el funcionamiento general de la estructura imperial romana.

Hispania fue uno de los primeros espacios geográficos en formar parte del Imperio romano, y su conquista se asoció al interés en la riqueza metalífera de su subsuelo, que supuso la extracción de ingentes cantidades de recursos para la metrópolis. Además, en algunas de sus regiones se implantaron nuevas formas de explotación agrícola intensiva. Por lo tanto, la península constituye un primer espacio de experimentación de las nuevas dinámicas económicas que generó la expansión romana, y muchas de sus innovaciones productivas serán introducidas más tarde en otras provincias. Algunos de sus productos, como el aceite, el vino o los derivados de la pesca, alcanzarían la mayoría de los mercados occidentales en los primeros siglos del Alto Imperio, lo que supuso un extraordinario volumen de exportaciones y la creación de redes comerciales que superaron lo conocido en periodos históricos anteriores. Una de las conse-

cuencias de la conquista romana es la extensión de la urbanización en muchas regiones de la península. También el éxito de las oligarquías hispanas —evidente ya en época flavia, pero especialmente durante el gobierno de los primeros antoninos— implica otro factor clave en la economía del periodo: la promoción al rango senatorial y ecuestre de algunos personajes que, sin dejar de lado sus bienes y negocios locales, invierten también en otras provincias, y particularmente en Italia, suponiendo un paso más en el fenómeno de la integración imperial.

Esta primera economía global, que generó importantes flujos de metales, productos agropecuarios y manufacturados hispanos por todo el imperio, parece sufrir una ralentización entre finales del siglo II e inicios del III d.C., provocando algunos procesos de crisis económica a escala local. La evaluación de las características de estos procesos, que se producen en unas fechas un tanto distintas respecto a otras provincias del imperio, es uno de los temas de debate actual. Tras esta crisis, algunas ciudades desaparecerán, otras modificarán su estructura y algunas cambiarán su sistema productivo. Todo ello significa un reajuste del sistema económico, que reduce su vinculación respecto al exterior. Ello supone una extensión de formas de producción autosuficientes y menos vinculadas a los circuitos comerciales mediterráneos. Si bien es cierto que el comercio no desapareció por completo, es indudable un cambio en su naturaleza e intensidad, visible en la fragmentación de los mercados, una circulación diferenciada de ciertos productos y una mayor vinculación de las regiones litorales a redes comerciales de media y larga distancia.

La perspectiva que adopta este libro para analizar los diversos sectores de la economía de las provincias hispanas parte del principio de un sistema imperial que interconectaba diferentes realidades productivas y que las hacía complementarias e interdependientes sin alterarlas radicalmente. La configuración de este sistema respondía a las condiciones particulares del mundo mediterráneo —fragmentación y diversidad regional junto a limitaciones ecológico-materiales y tradiciones tecnológicas compartidas—, que podían ser resueltas en parte por el comercio ultramarino (Molina Vidal 2020). El sistema no pretendía unificar, de manera consciente, las situaciones preexistentes ni las estructuras sociales asociadas, sino aprovechar los recursos y las capacidades de las diversas regiones e integrarlos en unos circuitos definidos de intercambio de bienes, población y conocimientos, que sirviese para asegurar el funcionamiento de la superestructura política imperial. En ciertos casos, la noción de diversidad y complementariedad permite entender mejor la complejidad del sistema imperial, donde, lejos de buscar la uniformidad, era más conveniente mantener, o incluso fomentar, la heterogeneidad y la variedad entre los distintos pueblos y territorios.

Al mismo tiempo, la economía imperial se puede representar también como equilibrio, sustancialmente estable, entre economía de mercado y un sector «natural» muy amplio. El mercado (si eliminamos del concepto sus acepciones capitalistas modernas) proporcionaba el factor dinámico e integrador, pero este factor coexiste con una base de autosuficiencia extendida a todo el mundo romano. Por otro lado, el sistema de mercado ejerce una función importante en otro sentido: la actuación del poder imperial (como propietario, consumidor e institución reguladora de los precios y que recaudaba contribuciones) presupone su existencia para la regulación de los procesos productivos y los intercambios. La dualidad mercado-autosuficiencia, en otras palabras, no debe entenderse en términos de oposición. A la vez, esta integración, que genera una compleja relación entre el centro imperial (Roma e Italia) y la periferia, constituye un elemento esencial para entender el funcionamiento del imperio como estructura política; al menos en los primeros siglos del imperio.

En consecuencia, el estudio de la economía de la península, desde la perspectiva de unas dinámicas regionales más o menos especializadas e intensivas que se integraban en un sistema de interdependencias más amplio, puede contribuir a entender mejor la naturaleza del Imperio romano. En este sentido, el enfoque de este libro adopta parcialmente la perspectiva de los estudios sobre globalización (Hingley 2005; Hitchner 2008; Pitts, 2015; Pitts, Versluys 2015). Trazando un paralelo con nuestro propio mundo contemporáneo, esta perspectiva puede ser útil para definir mejor los mecanismos de interconexión a escala económica, política y cultural (que suponen la circulación que bienes, información e individuos), y valorar el impacto que pudo tener sobre ciertos colectivos de la sociedad romana la conciencia de un mundo interconectado (el impacto de este escenario imperial en la vida económica es el centro de una importante obra colectiva: Blois, Rich 2002). La noción de un sistema global es un factor que debe tenerse en cuenta para entender las estrategias e iniciativas de varias categorías profesionales, sociales y de estatus (comerciantes, funcionarios, militares) implicadas en la circulación y redistribución de manufacturas, materias primas y alimentos como protagonistas y beneficiarios.

El contenido del presente libro y de cada uno de sus capítulos parte, por último, de una perspectiva interdisciplinar. Las contribuciones recogidas utilizan una documentación muy diversa: las evidencias arqueológicas en forma de cultura material (desde herramientas hasta objetos de consumo); los géneros literarios de todo tipo, obra de autores griegos y romanos; las inscripciones, y las emisiones monetarias. A ellas se añaden nuevas categorías de documentación material que se han valorizado recientemente: la cobertura vegetal, los suelos, los residuos, las materias primas, el ADN, etc. La interpretación de esta